

23 de mayo de 1970

ANTONIO MAIRENA Y SUS RECUERDOS DE MANUEL TORRE

por FRANCISCO ALMAZAN

Sevilla. Rinconcito de un café cercano al ambiente flamenco de la calle las Sierpes, de la Campana, del Bar Pinto, que lo era también de la "Niña de los Peines", y donde todos los cantaores iban a comprar la sal que allí se vendía hasta hace solamente unos meses en que la desaparición de Pinto y sobre todo de Pastora dejó solo ante su fama al hombre que estamos contemplando. Frente a nosotros un hombre a la defensiva; el hombre que guarda la llave de Oro del Cante y es alma de los festivales y del renacimiento actual del cante jondo, el cantaor que mantiene en alto la antorcha calé que abrasó a la "Niña de los Peines" e iluminó sonidos negros en la voz de Manuel Torre: Antonio Cruz García de Mairena del Alcor.

«Manuel Torre no podía ser mala persona de la forma que cantaba»

ANTONIO MAIRENA.—A Manuel Torre le conocí yo en mi pueblo natal, que él iba a cantar en un pequeño café cantante. Era motivo de que cuando venía al pueblo los gitanos venían a reunirse al café para oír cantar a Manuel. Entonces yo tendría como doce o trece años, y mi padre y mi madre me llevaban, y cuando terminaban en el café se reunían de fiesta ellos. Entonces conocí a Manuel Torre; me enamoré de su forma de sonar, de su eco, de su manera de cantar, aunque en aquel tiempo yo no podía digerirlo, pero quedó impregnao en mí para siempre hasta el extremo de que yo hoy pueda presumir de que quisá sea el que más contenido tenga de todos los existentes que puedan sonar a Manuel Torre. Era un hombre un poco enigmático. Muy ameno en su conversación y a usted le sostenía bastante tiempo porque le gustaba su manera de hablar, aunque era un hombre inculto, pero que usted le encontraba... Como decía García Lorca, «tenía la cultura de la sangre», y entonces le sostenía a usted hablando el tiempo que quería. Y como persona humana, yo en sus debilidades yo no he entrao, y si conozco alguna no es de mi incumbencia, pero yo creo que era muy buena persona. Y no podía ser mala persona de la forma que cantaba. El le volvía un poco la espalda al pueblo porque sabía que era incomprendido. El era tan consciente de que tenía una calidad tal, una cosa quisá única, que lo sabía él, que muchas veces no le importaba nada ni lo material ni el señor tal ni el señor cual, y solamente le gustaban sus caprichos, sus perros galgos, los gallos ingleses, el borriquillo y los caprichos que él tenía de los relojes. A lo mejor venía un señor con un reloj muy grande y le cantaba todo lo que hubiera que cantarle para llevarse el reloj. Ahora, cuando llegaba el momento de cantar... ¡eso acababa con el mundo! O sea, que él vivía y notaba que poco mundo del que le rodeaba le comprendía. Manuel Torre, con Pastora y Joaquín el de la Paula, son los que más han influido en mí.

(Escuchando a Mairena el nombre de Joaquín el de la Paula recuerdo la impresión tremenda que me causó la tristeza de Enrique, el hijo de Joaquín, y la miseria de la chabola donde vive —malvive— el matrimonio con los hijos y los nietos. El día que entré en aquella chabola se celebraba en Alcalá de Guadaira la fiesta de Nuestra Señora del Aguila. Un momento antes había estado tomando unas notas al aire libre junto a un hombre de pecho desnudo que partía chuletas con una navaja y otro, en camiseta, que junto a él arreglaba relojes. En la caseta de al lado estaban cantando sevillanas. A nuestra izquierda, una vieja se había dormido con una botella apretada contra el pecho. Otro hombre dormía sobre un banco con la frente y el cuello chorreando sudor. Todo lo presidía en el centro de la fiesta la ermita de Nuestra Señora. El sol atravesaba las bambalinas estrellándose contra la blanca portada en la que sobre unos ladrillos se concedían indulgencias a quien no pudiendo entrar, por estar cerrada la puerta, rezara desde el exterior. La máquina no pudo enfrentarse con los ojos de Enrique, aquello no era para ser fotografiado. Me dio vergüenza estar allí hablando de cante. Salí de la covachuela corriendo como loco a buscar el autobús. No pude resistir equilibradamente tanto barroquismo, tanta luz, tanta pena, tanto color, tanto rito, tanta historia... Pero dejemos esto. Según me dice Mairena y muchos otros flamencos, el cante no tiene que ver con "la cosa social"..., "el cante es otra cosa".)

Mairenismo

A. M.—Bueno, Joaquín el de la Paula fue un genio, pero su hijo, el pobrecito... Se dan estos casos. En el disco que va a salir de La Fragua de los Mairena hace un par de cantes mi hermano, y digo que las casas de cante se han hecho, porque la casa de los Pavones —Pastora, Arturo y Tomás, que eran tres genios en el cante— sus padres no cantaban; la casa de Manuel Torre..., sus padres no cantaban. Y así se han fundao las casas de cante: de los Pavones, de los Paula, el cante de la casa de los Torre. Al hablarse de Mairenismo ya se ha creado una personalidad, un estilo. Por eso digo que las casas de cante se crean.

Integración y sustancia de la raza

A. M.—Yo soy un hombre que creo que los gitanos necesitamos una integración cultural, una integración humana, pero no una integración racial, porque la especie no debe desaparecer; ¿eso de mantener el parentesco dentro de la raza gitana?, eso es importantísimo, porque eso ha influido en el cante gitano-andaluz un ochenta por ciento. En el momento en que persista ese no querer desaparecer total tiene que producir esta serie de cantes, por lo menos en la Baja Andalucía; en otro sitio los producirá de otra manera. Entonces, creo yo que al producirse la integración racial dejan de existir esos problemas. Creo que es muy humano que el gitano se reivindique laboralmente y culturalmente. Y que se reivindique en su condición de vida, sin problemas con el de enfrente, pero que no desaparezca el contenido, la sustancia de la gente gitana.

«El flamenco no es cante del pueblo»

A. M.—Aquí hay dos versiones del cante, que son la del gitano-andaluz y la del cante flamenco-andaluz. Conocemos históricamente que el cante flamenco-andaluz se va directamente al punto clave, pero el gitano-andaluz entra en un punto hermético y se pierde. Conocemos lo que Estébanez Calderón dejó escrito, pero este hombre entró en las fiestas y no sabemos si le gustaban o qué... Si en la civilización egipcia existían esculturas perfectamente hechas cuatro mil años antes de Jesucristo, es porque había una escultura anterior. Entonces, si nos han legao en mil ochocientos una serie de cantes que vienen arrastraos hasta aquí, es porque existía una civilización anterior. El flamenco es un arte, tampoco es una cosa popular. Lo que se llama popular popular... no es; no es folklore. El folklore está escrito musicalmente. El flamenco no se ha escrito nunca, no es posible escribirlo. Esto no ha sido folklore. Todos somos pueblo, pero... el pueblo andaluz ha rechazao este cante. En el pueblo andaluz todavía es muy minoritario el porcentaje de los que lo aceptan; por el contrario, lo rechazan. Es que esto no es cante del pueblo. ¡Vamos, aunque pertenezca a un pueblo determinao! Una cosa folklórica la acepta todo el mundo. Yo conozco señores que se han gastao verdaderas fortunas y han estao todas las noches de fiestas y no han entrao dentro del meollo del flamenco. Usted ve las dos manifestaciones más importantes de Andalucía, que son la Romería del Rocío y la Feria de Sevilla. Allí va la crema del andalucismo, de lo que es Andalucía la Baja, y allí a nadie se le ocurre cantar martinetes, allí todo el mundo no sabe más que sevillanas. Va usted a la Feria de Sevilla, y como no sea que llamen a un artista determinao y a un guitarrista... En el momento en que usted sale cantando por seguiriyas, son muy pocos los que se quedan en la caseta. Se van todas las señoras, se va todo el mundo y entonces quedan tres o cuatro. Hoy se ha dao un paso gigantesco con esto de los festivales. Vamos despertando q u i e n tiene sensibilidad y quien no la tiene. Vamos aumentando el porcentaje de los que pueden sentir esto y pueden cantarlo.

—¿Qué le parecería si una intensa campaña a través de los medios de difusión, televisión, sobre todo, sustituyera la canción de masas por el cante grande, el cante «caro», para el pueblo —el que trabaja y sufre—, de manera que llegara hasta el último pueblecito o el más humilde extrarradio?, ¿no piensa que serían muchísimos los que gustarían del flamenco? No podemos decir que hay personas que carecen de sensibilidad artística o de talento mientras carecen de igualdad de oportunidades para cultivarse. No es cierto que las personas tengan límites para su educabilidad. Ningún buen pedagogo afirmaría lo que usted dice.

A. M.—Sí, pero no todo el mundo, no todo el pueblo, porque si en su naturaleza no tiene esa sensibilidad... Yo creo que es una cosa que no se puede cultivar, sino naciendo con esa natu-



raleza. Se puede ser sensible y luego no digerirlo, porque en una reunión Manuel Torre estaba cantando y una señora que no había escuchado nunca flamenco quería irse, pero llegó un momento que Manuel Torre tuvo un pellizco de esos que él tenía, y entonces esa persona se transformó, pero eso no quiere decir que esa señora estuviera preparada para digerir lo que era el cante, luego viene; después que contemos con la persona sensible, hay que cultivarla, eso sí. Aunque pueden no tener sensibilidad para este arte, pero pueden tenerlo para otro.

(Es primavera, cuando llegue el verano esperamos encontrarnos de nuevo con Antonio Mairena. Si es posible, al finalizar una intervención suya en el paseo de los Tristes, de Granada, o en el bello escenario de Mairena del Alcor, cuando dos mil, tres mil, cinco mil personas enardecidas abarrotan totalmente el espacio de los festivales. Le preguntaremos entonces de quién son los "olés"..., de quién las palmas. Si allí no viéramos a "las señoras de la caseta de la Feria", a la "crema del andalucismo", a los "señores que se han gastao verdaderas fortunas", entonces preguntaremos a don Antonio por el nombre y naturaleza de los que le aclaman.)

«El cante flamenco está hecho y no se puede hacer otro nuevo»

A. M.—Yo no soy partidario de que tal como está el cante hecho se cambie el ambiente letrista de los problemas del cante. No se puede prescindir de la levadura. ¡No podemos adaptar una letra que va a decir que si viene un avión supersónico de Nueva York a Madrid en seis horas! ¡Yo no pienso así! Vino en la prensa un gran pintor enjuiciando a Picasso y dice él que Picasso destruye y él construye. O sea, que al cante lo que le hacen falta son constructores. Hay un mundo desconocido, inmenso, de matices que todavía han pasao por muy pocas manos, que están en principio de desarrollo. Hay una labor inmensa que hacer que no se ha hecho todavía y que no hacemos más que manosearla. Yo no acepto de ninguna manera que se cambie y se actualice, ni musicalmente ni letrísticamente, lo que es natural. No concibo ese nuevo lenguaje ni esa nueva música. Si viene otro detrás que lo pueda hacer... Yo siento un profundo respecto por esa inmensa obra que no se ha terminao, que la estamos manoseando, pero que es como cuando se abren las puertas del espíritu y penetramos en una cosa que es hermética y nos encontramos una cantidad de musicalidades que no se han tocao todavía. Yo mismo cuando me encuentro inspirao encuentro cosas desconocidas... Yo tengo grabao en «Mis honores a la "Niña de los Peines"» una seguiriya que puedo decir que es una cosa nueva, ¡claro, sin prescindir de la levadura! Porque para nosotros es criminal prescindir de la levadura. Por ley de naturaleza no podemos prescindir de ella. Yo no me puedo desnudar, no puedo soltar eso, lo llevo en la masa de la sangre. Por ejemplo, la gran música se conserva como oro en paño, la de Beethoven y Wagner...

—Señor Mairena, si hoy quisiéramos componer como ellos no iríamos a ninguna parte, porque no expresan la sensibilidad del mundo actual. Los jóvenes cantaores pueden ser muy andaluces y muy flamencos, pero viajan mucho y viven el ambiente de la ciudad moderna. ¡Sevilla misma es cada vez más industrial!

A. M.—¡Esto es lo malo! ¿Cómo voy yo a buscar la sensibilidad de un señor que se va a otro mundo? ¡Que es ajeno al tema éste! ¡Que no comulga con mis sentimientos! Yo creo que no soy tradicionalista en mi forma de ser, porque me gusta viajar cómodo y me gusta el confort; ahora, no puedo desprenderme de lo que yo siento, de lo que yo soy. Don Antonio Chacón se crió en un mundo que no era de él. Entonces, él, para ser la gran figura del pueblo, tuvo que irse con el pueblo, pero él no tiraba del pueblo, que el pueblo tiraba de él. El mérito del artista es que él tire del pueblo. El cante flamenco está hecho y no se puede hacer otro nuevo.

Flamenco y Universidad

—¿Qué le parece lo de los recitales que se están dando en las Universidades?

A. M.—Me parece interesante, pero con los estudiantes hay que hacer una cosa auténtica y no equivocarlos, porque tienen deseo de saber la verdad. Son los que mañana tienen que valorar esto. Habrá notado que en mis discos yo no dejo que los flamencólogos escriban en las portadas, porque dirían cosas de las que no tienen conocimientos. Hay que llamarles la atención en cuanto que se ponen delante de una masa de estudiantes.

Una gran obra con vistas al futuro

(En el congreso internacional del flamenco, celebrado en Madrid el año pasado, Antonio Mairena tuvo una polémica con el joven flamencólogo Blas Vega sobre el supuesto origen y autenticidad de la toná grande que había grabado Pepe el de la Matrona. Antonio Mairena trabaja en la actualidad en una gran obra de grabación de los cantes fundamentales y sus diferentes variantes introducidas por los grandes cantaores. Se trata de una obra monumental que el maestro legará a una institución oficial para que en el futuro quede constancia de lo que él considera que ha sido la ruta del cante a través de su evolución.)

A. M.—Yo no quiero que me ocurra lo que a los genios de antaño, que tenían que grabar cosas que no les pertenecían en malas condiciones. Hay que trabajar con vistas al futuro. En el año mil novecientos y en el mil ochocientos cincuenta se conocía la toná del tío Luis de la Juliana, etcétera, etcétera... Pero, ¿dónde está la música? Si hablamos del tío Luis y decimos que fue un cantaor que vendía agua en Jerez de la Frontera... ¿Hay música de este señor? No; entonces, no se conoce más que eso... Ahora, yo sé lo más viejo que se conoce como cante y con alguna música que se puede aportar, porque lo que necesitamos es música.

Rivalidad, pasión, el aire de la tierra...

A. M.—Hace unos días se publicó en «ABC», de Sevilla, un reportaje de cuatro páginas a un señor que no sé si llamarle cantaor de flamenco o medio cantaor de flamenco, o folklorista, en el que se dicen una serie de barbaridades para el verdadero entendido. Luego he visto en los escaparates «Tesoros del flamenco antiguo», que lo ha hecho un amigo mío, que cuando los grandes cafés cantantes, en la época de Antonio Chacón y Manuel Torre, este hombre no cantaba nada. Y la gente que anda buscando cosas antiguas, como este señor sabe algunas rutinas... El otro señor de «ABC» ha dicho que él es el que ha dignificao el cante, porque lo subió a los teatros. No se puede destruir como si pasara una máquina apisonadora que lo va demoliendo todo, y artistas de una tierra hacerles perder el aire personal, hacerles un lavao y ser una especie de artistas «standard». Este señor no ha hecho más que a los jóvenes, desde Utrera pa Cádiz, hacerles un lavao de cerebro y que se olviden de todos los valores, de todo el manantial, que tiene una riqueza incalculable, por lo menos para mí, y convertir a toda la juventud en voces que todas suenan igual y tienen el mismo ritmo. Y se han olvidado de cómo era el aire de Cádiz, de Jerez, el porqué de la isla de San Fernando, de Utrera... Y este señor dice eso y tiene el cinismo de que él no suena ni a Cádiz, ni a Triana, ni a Jerez, y yo digo que, desgraciadamente, no suena a nada de eso. Es un virus para los nuevos valores peligrosísimo; un virus que puede causar la muerte de muchos cantaores. Ahora hemos llegao a un punto clave, porque yo no me voy hacer eterno y Pastora ya murió. Porque yo empecé a cantar a los diez años, cuando el bailaor Faico (el viejo) vino de Rusia. Mi madre me tenía sentao con ella y yo salí cantando una zambra, y Faico me cogió entusiasmao y me empezó a besar. Luego, ya cantaba en la fragua de mi padre. Lo que hace falta es que esta planta de chicos jóvenes que hay ahora tomen la grave responsabilidad de hacerse cargo de todas estas gamas musicales y las arrastren para alante.

(El maestro nos ha "aguantao" dos horas. La personalidad rotunda, contradictoria, vitalísima del maestro es más profunda que las palabras. Hay que oírle cantar. Y eso es lo que hicimos aquella misma noche. Entramos en un mundo fabuloso de musicalidades... Y recordamos los ojos misteriosos del cantaor bajo el ala del sombrero cuando nos despedíamos, la figura recia y delicada a un tiempo perderse entre la gente alegre de Sevilla. La Sevilla de la fama y la picaresca, donde tanto Rinconete y Cortadillo cantaron por alegrías, disimulando, echaron y aún echan todas sus penas al río, que se las lleva Guadalquivir abajo, por el mismo camino por el que abandonaron su tierra durante siglos los andaluces en busca de mejor fortuna. Hoy, que los andaluces se marchan por tantos sitios, el corazón de Antonio Mairena, lo quiera o no, es el reducto de la queja, el baluarte del martinete oscuro por el que le aclaman rey.)